



RUIZ BALLESTEROS, Esteban
Construcción simbólica de la ciudad. Política local y localismo

Madrid : Miño y Dávila, 2000. - 255 p. ; 21 cm. - ISBN: 84-95294-17-6

El autor, Esteban Ruiz Ballesteros (Jerez, 1966) es profesor de antropología social en la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla), y lo ha sido de la Universidad de Sevilla. Forma parte –desde 1995– del Grupo de Investigación Social y Acción Participativa (GISAP), incardinado en aquélla¹. Experimentado investigador y autor de publicaciones en campos como la antropología política, simbólica y desarrollo a escala local²; la minería³, el patrimonio etnológico y el medio ambiente⁴; la antropología de la empresa⁵; la sociabilidad y las identidades colectivas⁶; y también, por lo que aquí nos concierne, a la antropología urbana, actuando como coordinador y coau-

tor de una obra colectiva más reciente que la de referencia⁷, y de alguna investigación precedente

La comunidad local, pueblo o ciudad, constituye el primer nivel de nuestra experiencia vital, y la vida local suscita un grado de identificación más vinculante que el de cualquier otra “comunidad imaginada” social y/o política de la que formamos parte, desde la región hasta la nación, el Estado o las entidades supranacionales. Pero ciencias sociales

1. En concreto, en sus Departamentos de Antropología Social y de Trabajo Social y Ciencias Sociales, así como al Plan Andaluz de Investigación. Y, con anterioridad (1992-95), al Grupo para el Estudio de las Identidades Sociales en Andalucía (GEISA).

2. *Minería y poder. Antropología política en Riotinto*. Diputación Provincial. Huelva, 1998; con J. Escalera y M. Valcuende: *Poner fin a la historia. Desactivación de la minería y crisis social en Riotinto*. Instituto de Desarrollo Regional. Sevilla, 1995; y con J. Escalera: “Minería, democracia industrial, poder político y desarrollo local en Riotinto”. En: *Antropología* (Madrid), núm. 13 (1997), pp. 77-102.

3. Con M. Aragón: *Mina y mineros. Imágenes y significados de la Cuenca minera de Riotinto*. Fundación Río Tinto. Huelva, 1995.

4. Entre otras: “La conformación del patrimonio minero en Riotinto”. En *Demófilo* (Sevilla) núm. monográfico 32 *Cultura minera en Andalucía* (1999), pp. 241-260 y coord. del mismo; “Cultura, medio ambiente y minería: reflexiones desde Riotinto”. En: J. D. Pérez (ed.): *Minería y Medio Ambiente en perspectiva histórica*. Universidad de Huelva, 2001, pp. 27-47.

5. “Antropología de la empresa: problemas y estrategias de intervención”. En: C. Giménez (coord.): *Antropología más allá de la academia*. Santiago de Compostela, 1999, pp. 175-184; con J. Escalera: “De ser obrero a ser empresario. IAP para la viabilidad sociotécnica de Minas de Río Tinto SAL”. En: P. Palenzuela (coord.): *Antropología del Trabajo*. Zaragoza, 1996, pp. 39-58; y otras.

6. *Higuera de la Sierra. Un estudio sobre sociabilidad, identidades y poder*. Junta de Andalucía. Sevilla, 1999; con J. M. Valcuende: *Asociacionismo y representatividad en el sector pesquero andaluz*. Junta de Andalucía. Sevilla, 2001; y otras.

7. Coord. y autor de la introducción de: *Espacio y estigma de la Corona metropolitana de Sevilla*. Universidad Pablo Olavide. Sevilla, 2001.

como la sociología⁸ y la ciencia política⁹, construidas para analizar agregados macrosociales, como la sociedad o el Estado, experimenten serias dificultades para estudiar el ámbito local, microsociales por definición, y más aún en su dimensión política. Resulta coherente que este análisis se plantee a partir de una antropología social atenta por definición al estudio de las comunidades locales¹⁰; y que sea precisamente el autor de la obra que nos ocupa, avezado investigador de las dimensiones política y simbólica de lo local y del localismo, quien emprenda esta tarea.

A tal efecto, Esteban Ruiz nos propone un análisis de la política urbana y del ejercicio del poder local a partir de la construcción simbólica de la localidad, una lectura de la vida local en clave político-simbólica. Es decir, más allá del control de los recursos materiales, el de los referentes simbólicos, de los procesos de identificación capaces de convertir un agregado de individuos en una comunidad local, de legitimación del poder político de este nivel, constituyendo así un capital político de estratégica relevancia. Por lo que, a partir de estas premisas, es preciso efectuar:

“... una exploración de la construcción simbólica del espacio urbano, de los rituales colectivos que toman como referente la localidad, de los símbolos y discursos que la definen y redefinen; en definitiva, de los procesos que aspiran a convertirla en una trama homogénea que difumine o enmascare su verdadero carácter heterogéneo, cuando no antagónico y fragmentado” (p. 10).

Su discurso se estructura en tres grandes epígrafes. Dedicado, el primero de ellos a estudiar diferentes propuestas analíticas del poder y la política locales, para decantarse por la denominada “teoría del régimen”. El segundo ilustra el carácter de la construcción simbólica de la ciudad, a partir –sobre todo– del referente empírico concreto de Jerez de la Frontera: a partir de discursos y símbolos locales, de los rituales y acciones simbólicas, de la concepción del espacio urbano en cuanto patrimonio, para configurar una determi-

8. Si bien existe un campo de especialización, el de la sociología de la comunidad/sociedad o vida local. Con aproximaciones como las de: René König: *Sociología de la comunidad local*. Euramérica. Madrid, 1970 [1958]; clásicos como McIver y Gurvitch; o las tradiciones de Chicago, constitutiva de la sociología urbana, y la de los *community studies*, de las que es deudora Suzanne Keller: *El vecindario urbano. Una perspectiva sociológica*. Siglo XXI. Madrid, 1975 [1968]. En Francia fue modélica la macroinvestigación “Observation du changement social” (1977-1981), desarrollada en sesenta localidades del hexágono, que dio lugar a varias publicaciones periódicas, y al informe de síntesis: *L'esprit des lieux. Localités et changement social en France*. CNRS. París, 1986; con precedentes como el de L. Sfez (ed.): *L'objet local*. UGE. París, 1977; y desarrollos más recientes, como el de Alain Bourdin: *La question locale*. PUF. París, 2000. La siempre viva sociología de la comunidad local ha producido, en Italia, títulos como los de Paolo Guidicini (ed.): *Dimensione comunità. Percorsi di senso in una società postmetropolitana*. Angeli. Milán, 1985. En la sociología española destaca el trabajo de Tomás R. Villasante: *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativas*. I.E.A.L. Madrid, 1984.

9. Aunque algo más desarrollada a partir de la tradición politológica británica y anglosajona. Uno de los pocos trabajos vertidos al castellano es el de Margaret Bowman y William Hampton (comps.): *Democracias locales. Un estudio comparativo*. F.C.E. México, 1989 [1983]; y otro desde un campo disciplinar tradicional, en vías de recuperación, el de la geopolítica, en el que se inscribe el libro de Peter J. Taylor: *Geografía Política. Economía mundo, estado-nación y localidad*. Trama. Madrid, 1994 [1985].

10. Cuyas dimensiones simbólicas son objeto central de la obra de Anthony P. Cohen: *The Symbolic Construction of Community*. Ellis Horwood y Tavistock. Londres y Nueva York, 1985; *Symbolising Boundaries*. Manchester University Press. Manchester, 1986.

nada imagen de la ciudad. El tercero, a modo de síntesis y conclusiones, confronta la visión conceptual con los referentes empíricos, culminando en la definición del localismo como forma específica de poder local, en el que la dimensión simbólica desempeña un significativo papel. En definitiva el localismo, respuesta a la globalización es, como estrategia política:

“...un tipo de régimen que alcanza el gobierno local, en el que las instituciones formales de la política (los ayuntamientos tienen un máximo protagonismo, y en el que sus líderes hacen un uso intensivo de los recursos y potencialidades simbólicas disponibles, para recrear una comunidad que los legitime como sustentadores y un proyecto de ciudad que reparta el suficiente incentivo material, sobre todo entre los demás miembros del régimen”. (p. 245).

El autor estudia el marco formal en el que se inscriben las instituciones políticas y los cauces de participación política local (partidos, coaliciones, elecciones), pero este *locus* hay que ampliarlo para comprender la élite económica y otros agentes de la sociedad y la economía, conformando en su conjunto el sistema de poder local. Sus discursos ideativos y planes de actuación funden dimensiones políticas e identitarias (simbólicas), destinadas a legitimar la dominación política de la sociedad local.

Los referentes simbólicos, en el ejemplo empírico de Jerez, serían vino, caballo y flamenco, que contribuyen a construir la comunidad simbólica integrada, opuesta a la real fragmentación y heterogeneidad social. Idéntico propósito al de fiestas locales (de Otoño y otras), de las que hace uso el poder local como instrumento de dominación política, si bien confrontado con discursos y acciones alternativas. Las fiestas actúan, en definitiva, como una arena simbólica donde símbolos y discursos pugnan por la hegemonía, y la ingeniería festiva tan sólo actúa con plena eficacia en las celebraciones creadas *ex novo*. Determinados espacios urbanos, como el centro histórico, son de relevancia estratégica y alto significado simbólico para la política local.

Para un lector vasco resultan, sin duda, de interés estos considerandos: extrapolables a muchas de nuestras fiestas de referente religioso-tradicional, pero más aún a rituales o fiestas cívicas en las que se exalta la institución municipal a la vez que vehiculan un *desideratum* de integración comunitaria¹¹. Más concretamente, desde el Bilbao Metropolitano resulta más significativa la evocación del contenido simbólico de otros espacios urbanos, a modo de contrapunto con el caso de Jerez. El caso de Sevilla¹² (pp. 208-12) ilustra acerca de cómo la reconstrucción simbólica de la ciudad puede conllevar la negación de algunas zonas urbanas y de su significado social, primando nuevas áreas para consolidar imágenes de modernidad¹³. La ciudad escocesa de Glasgow (pp. 150-55), dramático

11. Madalenak (Bermeo), Día de Olárizu (Vitoria-Gasteiz), Basabisita (Otxandio) y otros.

12. La remodelación experimentada por Sevilla con motivo de la Exposición Universal segregó espacios simbólicos, convirtiendo la Isla de la Cartuja en imagen de eficacia y racionalidad, que contrarresta la tópica faceta folklórica y festiva de la ciudad; y relegando la céntrica zona de San Luis-Alameda, con connotaciones populares, obreras y contestarias que distorsionarían la imagen tradicional de Sevilla, por lo que se condena a la degradación social y urbanística a una zona cuyo cambio de imagen resulta más acorde con la clase media que sustituya a los actuales habitantes a través de un proceso de reurbanización.

13. Como sucede en nuestro caso con Abandoibarra, Ametzola o Urban-Galindo; frente a espacios negados como San Francisco-Bilbao la Vieja, en el propio Bilbao, o la Margen Izquierda y Zona Minera en su conjunto.

caso de conjugación de sus rasgos identitarios en declive con nuevas propuestas de imagen, recuerda más las zonas mineras andaluzas –analizadas por Escalera, Ruiz y Valcuende– así como el traumático proceso de reconversión experimentado por el Bilbao Metropolitano una década más tarde¹⁴.

José Ignacio Homobono

14. A partir de los años 70, Glasgow y su área metropolitana experimentan la desactivación industrial, perdiendo casi la mitad de los empleos, más de la tercera parte de su población, y superando el 20 % de paro. La desarticulación resultante afecta a las culturas del trabajo, relegadas a su función patrimonial, a la conciencia de clase obrera, a la hegemonía local laborista y sindical, e incluso a la identidad y sociabilidad vecinal. La respuesta del gobierno consistió en promover una nueva imagen en la que regeneración urbanística, revalorización turística y atracción de nuevas inversiones se asocian con la propuesta de Glasgow como ciudad cultural; fractura con el pasado, objeto de contestación y de polémica.